



PERÚ

Ministerio de Educación

APRENDO
en casa

Educación Básica Alternativa

2.º grado: Desarrollo Personal y Ciudadano

SEMANA 20

Comparamos características de nuestros territorios en el tiempo

Soy limeña collicana

Hay quienes creen que Collique no es parte de Lima, que es Canta o que no existe.

Collique es una localidad que tiene un nombre prehispánico, mítico, y esto es lo poco que nos queda de una cultura que habitó los cerros pelados de Comas. Nadie, ninguna de las miles de personas que habitan esta zona, es descendiente de los colli. Todos somos intrusos. Hace más de 50 años, cuando la migración desbordó Lima, a don Ricardo Aliaga le contaron de una tierra baldía, un cerro áspero y gris donde se podía plantar esteras.

Podía resistir para quedarse y, algún día, tener una casa. Los huancas, como él, vivían en el Rímac o en Surquillo, en cuartos alquilados o callejones. “Pero la tierra es todos, niña”, y Ricardo le habló a su esposa, Santosa Munive, y se animaron a invadir.



Fuente: Riohablador

Esa pareja que llegó a Collique en los 60 son mis abuelos maternos.

La tierra que tomaron y que repartieron era de la comunidad campesina de Jicamarca. La ocupación fue diferente en la zona baja de Comas: Santa Luzmila, San Felipe, El Parral. Esas tierras eran chacras o haciendas; luego, fueron lotizadas, vendidas, convertidas en urbanizaciones. Los nuevos ocupantes recibieron un plano, un parque, conexiones de agua y proyectos de electrificación. Nosotros, en los cerros, no. Ricardo peleó por todo, por cada servicio básico, por la luz, por el agua, que nos llegaba con microbios. Solo el parque no pudo tenerlo, porque el terrenito designado, que miraba desde su ventana, lo vendieron dos dirigentes corruptos.

Así creció Collique: primero con cuatro etapas, que se duplicaron a ocho. Aunque los hijos de esos migrantes ya eran limeños, un conflicto, un desencuentro de identidad siempre ocurría. En casa, mi madre decía: “Alístate, niña, para ir a Lima”, y salíamos al Centro de Lima, bien bañados, peinados, con ropa nueva. Íbamos a ver los escaparates y a comer helado en la esquina del Jirón de la Unión. A veces no comprábamos nada, solo caminábamos por la Plaza de Armas.

La identidad limeña es extraña. Podemos pensar en la historia, en los 500 años de colonialismo, en una ciudad pensada para ser el damero de Pizarro, en el tráfico, en el caos, en los bares de Quilca, en las plazas, en los bohemios, en los centros de comercio informal, y todo eso no termina de ser Lima. Porque la Lima en la que me crié era mágica, con barrio, entre el polvo y las pandillas.

Esa Lima siempre tuvo una huella andina y rural. Cuando mis tías, hijas de Ricardo y Santosa, tenían entre 11 y 13 años, decidieron criar un carnero blanco en casa. Se turnaban para alimentarlo y luego para pasearlo. Así, como esa oveja, otros animales de campo vivían en las casas de madera, estera y concreto: cuyes, patos, pollos, pavos. La ruralidad y la ciudad se mezclan. La Lima que construyeron los migrantes en el norte es una mezcla variopinta: trajeron sus costumbres, comidas, formas y las adaptaron como pudieron.

Matos Mar, en su libro *Desborde popular y crisis del Estado*, menciona las motivaciones que emergen en los migrantes para tomar la Ciudad de los Reyes. La necesidad de mano de obra, el conflicto armado interno, la pobreza del campo, empujaron a la gran ocupación y las olas migratorias. Desde entonces, los polos de desarrollo han crecido con el capitalismo y, con la acumulación del comercio, se han creado nuevas dinámicas en las zonas periféricas de la ciudad.

Cuando construyeron el Mega Plaza en Los Olivos, mi familia se emocionó. Ya no viajaríamos una hora y media para llegar a la avenida Alfonso Ugarte, al Metro. Bastarían 35 minutos y llegaríamos al supermercado, la promesa de desarrollo.

Un tío mío, conocido como el Huancaíno, es el típico comerciante que triunfó en medio de la invasión. Es el primer dueño de una ferretería, y su esposa, mi tía Felicita, la fundadora de la primera

agrupación de Huaylas en Collique. Todos le compraban cemento, piedra chancada, clavos, esteras. A la par iban a sus fiestas, pachamancadas, concursos. Tuvieron tanto poder que cerraban las calles dos veces al año para celebrar el carnaval huanca y la conmemoración al Sagrado Corazón de Jesús, al que le ofrecían treinta cajas de cerveza y dos chanchos, solo para iniciar.

La nueva Lima que mis abuelos y mis tíos construyeron en esos cerros se forjó de formas muy desiguales, a espaldas del Estado, de la policía, con leyes paralelas. Primero, llegaron las casas y luego la Municipalidad. Pusieron su cementerio y, veinte años después, recién el terreno se legalizó. Así, a la fuerza, se hizo una ciudad.

La localidad ha cambiado mucho en poco tiempo. Don Ricardo es quechuablante y ahora tiene 92 años. Si alguien le pregunta, dirá que tiene 110, porque le gusta pensar que ha vivido más. Tiene un jardín pequeño donde intenta plantar papas y ortiga, una planta típica por sus espinas pequeñas, pero medicinal. Sabe tres tipos de quechua y ahora es viudo. La vida le ha quitado de a pocos a sus hermanos, a su mamá y a su esposa. Le dio, a cambio, una memoria increíble y nietas al por mayor. Él dice que no somos sus nietas, somos todas sus hijas.

Para nosotros, los nietos huancas, nuestro mundo fue Collique por muchos años. Alguna vez me quedó chico el barrio y me fui, cargando el retrato de Santosa y toda esta historia.

Gloria Alvitres. (26/09/2019). Soy limeña collicana. Blog Río Hablador.

Huaycán y su historia

La toma o posesión de Huaycán se realiza el día 15 de julio de 1984.

Muchas familias llegaron a la quebrada para vivir permanentemente desde el primer día, y con ellos trajeron sus hijos. Era julio y el año estaba avanzando, y si no se resolvía el tema educativo, muchos niños perderían irremediablemente el año.

Felizmente, con la primera oleada de la ocupación llegaron un grupo de maestros que se denominaban Comité de Apoyo Magisterial. Este comité—formado por unos 80 profesores de Vitarte—también estaban buscando lotes para vivir.

Estos maestros trabajaron el primer censo educativo, encontrando que entre las familias que ya estaban asentadas del todo, había unos 150 niños a los que tenían que atender prioritariamente. Además hicieron un llamado general—siempre a través de la radio o bocinas—a todos los maestros titulados, bachilleres y estudiantes de educación, que estaban entre los ocupantes. A estos se les propuso trabajar voluntariamente en el colegio que se fundaría en Huaycán. Los organizadores de la escuela les dijeron que no habría sueldo, porque el colegio no estaba reconocido por las autoridades educativas;

pero apenas se lograra la partida correspondiente se les contrataría.

Los profesores aceptaron y resultó que había casi tantos maestros como alumnos, por eso se les seleccionó a los mejores docentes. Las asociaciones se comprometieron a facilitarles la manutención mientras el reconocimiento oficial del colegio se tramitaba.

Ya se tenía maestros y alumnos, lo que faltaba era un local y muebles. El primer colegio de Huaycán parecía un campamento más y fue levantado entre todos, un domingo de faena comunal. Tenía siete aulas, servicios higiénicos y hasta una oficina para el director.

Los vecinos aportaron palos, maderas, una que otra pizarra, motas, tizas, hicieron las primeras carpetas y muchos niños salvaron el año. El 15 de agosto de 1984, al mes exacto de la ocupación, comenzaron las clases en Huaycán. Dos meses después, la Dirección de Educación de Lima le daba reconocimiento oficial al colegio, al que se le denominó Centro Educativo 1236, que hasta hoy funciona en la zona “A” con el nombre de “Alfonso Barrantes Lingán”.

Por la falta de agua, energía eléctrica, saneamiento, la salud se convirtió en unos de los problemas más grandes de esta incipiente comunidad. Además, el clima se ensañaba con los más pequeños, que desde el inicio dieron señales de enfermedades respiratorias.

El mismo día de la ocupación, los vecinos instalaron una posta médica. Se convocó a los paramédicos y enfermeras que se encontraban entre la población y se organizaron turnos de atención. Luego llegaron varios médicos a ofrecer sus servicios gratuitamente. Eran del Hospital Hermilio Valdizan y del Centro de salud de Vitarte, quienes, enterados por los diarios de las necesidades de Huaycán, fueron a ayudar. La cadena de solidaridad había empezado y muchas vidas se salvaron de las enfermedades y el frío de las madrugadas de Huaycán.

Desde hace varios años, Huaycán está cambiando, quedó atrás el pueblo de esteras, de cilindros de agua y de caminos precarios. Hoy los pobladores están construyendo poco a poco sus viviendas, ya tienen acceso a los principales servicios, siendo los primeros beneficiarios los de las “zonas bajas”; es decir, los que vinieron a establecerse en esta accidentada quebrada por los años 1984 y 1985.

Francisco Caso. (s. f.). Huaycán y su historia. Blog de la Comunidad Urbana Autogestionaria de Huaycán.